Fuera de VALIJA

EL NEGOCIO DE LA MONARQUIA

ALGUNA vez, al ver con qué terquedad se empeñan los ingleses en hacernos monárquicos a los españoles, he pensado que nuestro mejor desquite sería hacerlos a ellos republicanos. Sin embargo, jamás ha pasado esto de ser en mi pensamiento fugaz e intrascendente. Nunca he intentado llevarlo a la práctica, asustado, quizá, por lo tremendo y difícil de la empresa, sólo comparable a la que representaría el intento de convertir a los ingleses al catolicismo romano y papista, o de suprimirles el té de las cinco, que suelen tomar a cualquier hora, o de limpiar de niebla las calles de Londres. Hazañas tan portentosas sólo hubieran podido acometerlas aquellos españoles excepcionales que realizaron la proeza americana. Pero hoy la raza no da hombres de ese temple, y yo, personalmente, me doy cuenta exacta de la cortedad de mis fuerzas para intentar tamaña aventura. Desisto, pues, de hacer republicanos a los ingleses, y espero que, al fin, desistan también ellos, por su parte, de hacernos monárquicos a los españoles, empeño igualmente disparatado y vano.

En otras ocasiones hemos explicado con copia de pruebas y argumentos que los ingleses tienen para ser monárquicos las mismas razones que tenemos los españoles para no serlo. Una nota de actualidad viene a reforzar felizmente nuestro aserto. Se trata del viaje que toda la familia real inglesa —el rey Jorge, la reina, la princesa Isabel, heredera de la Corona, y su hermana la princesa Margarita Rosa— realiza al Africa del Sur. Según una información periodística absolutamente seria —hasta donde puede ser seria una información periodística— ese viaje "inicia probablemente una labor que de seguro constituirá una de las más grandes campañas de ventas en la historia moderna". Y añade la información que el objeto de dicho viaje "será dar a conocer a la joven princesa Isabel por todo el Imperio, a fin de que ella pueda "vender" a todo el mundo lo que produce la Comunidad de Naciones Británicas". Y se recuerda a este propósito el viaje que, con iguales fines mercantiles, realizó hace bastantes años su tío Eduardo, entonces príncipe de Gales y joven danzante, y ahora viejo danzante y duque de Windsor. Pero volvamos a la sobrina.

¡Qué maravilloso viaje de negocios el suyo! ¡Qué simpática agente de ventas! ¡Cómo se afianza así una dinastía en el trono, y cómo se desbordará, sin duda, en los pechos monárquicos ingleses el amor a sus soberanos! ¡Qué diferencia entre esa familia real de los ingleses y la que nosotros padecimos en España! Ciertamente, nosotros mantenemos incólumes nuestras convicciones republicanas, de republicanos españoles y aun de republicanos ingleses, pero hemos de reconocer que, si solamente fuésemos esto último, nuestra firmeza republicana hubiera recibido con tal viaje de negocios de la familia real inglesa duro golpe, no en el dominio de los principios y de las ideas puras, sino en el de la política práctica y de la impura realidad. La familia real inglesa procederá así por lo que sea: probablemente porque en Inglaterra hubo ya un rey decapitado —¡aleccionador ejemplo!— y también porque más recientemente hubo en la propia familia otro rey destronado por el simple hecho de casarse con una señora divorciada, como prueba de que un rey inglés no puede hacer lo que le dé la real gana; pero lo cierto es que, en un momento de grave crisis nacional, cuando el pueblo inglés pasa penas y fatigas sin cuento para reponerse de los daños espantosos de la guerra, el rey y su familia, en vez de tramar algún golpe de Estado y establecer en su país una feroz dictadura militar, piden el baúl de muestras, se convierten en viajantes de comercio y se van por el mundo a vender lo que puedan, para ayudar a aquella pobre gente que constituye la fiel comunidad de sus leales súbditos. Y se marcha el rey con su familia a vender por ahí paños de Manchester y quincallería de Birmingham, dejando en Inglaterra a los representantes de los obreros en el poder, en vez de dejarlos metidos en la cárcel, como hubiera hecho cualquier rey de España — que no español, pues los Borbones y Battemberges no son españoles, y solamente un García o un Pérez, por ejemplo, podría ser rey auténtico y genuinamente español, y no rey extranjero en España.

Así se explica que haya monárquicos en Inglaterra, y que esté condenado al fracaso cualquier intento español de hacer republicanos a los ingleses. Y así se explica también que no haya monárquicos en España y que esté igualmente condenado al fracaso cualquier intento inglés de hacer monárquicos a los españoles. Porque, vamos a ver: ¿cuándo un rey español se ha preocupado de la industria y del comercio de los españoles y se ha ido por los caminos del mundo, cargado con el muestrario de los productos nacionales, para procurarnos a los españoles buenos negocios y buena entrada de divisas?... Si algún viaje mercantil hizo Alfonso XIII durante su reinado no fué para beneficio y ganancia de los españoles, sino para su exclusivo lucro personal. Nos referimos al que, a raíz del drama de Annual, cuando todavía se pudrían al sol los cadáveres de los soldados españoles en Monte Arruit, hizo Alfonso el Africano a Deauville, contratado por el tahur Marquet, como número de atracción veraniega de su timba. Aquello hizo en España más republicanos que todo lo que pudimos hacer y escribir en defensa y propaganda de nuestro credo los que ya éramos entonces republicanos.

Y refiriéndonos a hechos más recientes, hemos de reconocer que muy otras posibilidades ofrecería hoy España —para decepción de nosotros los republicanos— respecto a los designios monárquicos ingleses, si ese don Juan III que aspira ahora vanamente a ser rey de España, en vez de presentarse a Franco, durante nuestra guerra civil, vestido ya de falangista y con la boina de requeté, para luchar en sus filas contra españoles, y ofrecerse, junto con moros, alemanes nazis e italianos fascistas, para matar a españoles, se hubiera presentado sencillamente en la frontera con un mensaje de paz y buenos propósitos de viajante de comercio: "Haya paz, no se maten ustedes —pudo haber dicho a todos los españoles—, y ¡venga! denme un muestrario de paños de Sabadell, y de naranjas de Valencia, y de sardinas de Vigo, y de turrón de Alicante, y de vinos de Jerez, que me marcho en seguida por ahí a ver lo que vendo para que hagan ustedes buenos negocios y puedan vivir bien todos los españoles, y no falte trabajo ni pan en ningún hogar español. ¡Andando, vengan las muestras, que se va el vapor, y no riñan entre hermanos!"

¡Cómo hubieran cambiado entonces las cosas! Quizá, quizá a estas horas el brillante conferenciante y extravagante estadista don Salvador de Madariaga, en vez de ocultar con vergonzante modestia —en este su nuevo descubrimiento americano del franquista Casino Español de México— su título de ex ministro de la República, podría —¡quién sabe!— ostentar olímpicamente ese otro similar de la monarquía esperado en vano y del cual habrá de contentarse con un unamunesco ex futuro. Porque —no deben ignorarlo los ingleses, ni olvidarlo el señor Madariaga— todo el secreto está en eso: en que la monarquía es, seguramente, un buen negocio para los ingleses, pero es, indubitablemente, un mal negocio para los españoles. Y el rey de Inglaterra se va ahora por el mundo a vender mercancías inglesas para que vivan los ingleses. Y el rey de España se vendió —¡y a un tahur!— cuando mataban a los españoles. Y su hijo se ofreció —no sabemos si también en venta y saldo— para matarlos personalmente él mismo. ¿Comprende la diferencia el ex ministro y ex embajador de la República —hoy oficioso de la monarquía —don Salvador de Madariaga? ¿La comprenden también los monárquicos ingleses?

EL VALIJERO

65

15 febrero 47

A.P.C.E.
SIG.: 1.2s/1253